

Felice conoce a Greytail por Ellen D. Wildschut

—¡Perfecto! —gritó la ardilla listada—. Yo no lo habría hecho mejor.

Felice, que paseaba por el bosque, levantó la vista sorprendida al oír su voz aguda. Llegó justo a tiempo para verlo correr a felicitar a la ardilla gris y tupida que había dado un salto enorme desde la rama del roble hasta la secuoya.

La ardilla grande, a la que todos llamaban Cola Gris, hizo una reverencia burlona al impertinente animalito marrón con rayas amarillas, pero pensó para sí mismo: "¡Me gustaría verte hacerlo, jovencito! Algún día te encontrarás en un aprieto en el que necesitarás la ayuda de todos tus amigos". Sin embargo, no dijo nada en voz alta, pues, como todos los demás en el bosque, sabía que Cheeky, la ardilla listada, presumía de su inteligencia, aunque, curiosamente, nadie la había visto hacer nada realmente ingenioso.

De repente, desde la rama baja que estaba sobre ella, Greytail vio a Felice, y por un instante pareció que iba a dar otro salto para alejarse lo más posible. Luego, con una mirada de sorpresa, la miró fijamente, pues reconoció a Felice como la niña que había visto en el valle con las hadas. Estaba muy quieta, con una mano llena de piñas de secuoya que había estado recogiendo bajo el árbol alto. Hasta entonces, nunca se le había ocurrido que las pequeñas criaturas del bosque pudieran hablar, o que si lo hacían, ella podría oírlas. (A estas alturas, seguro que ya te has dado cuenta de que Felice era una niña muy afortunada que había visto y aprendido cosas que mucha gente jamás sabrá).

Muy silenciosamente, un pequeño ratón de campo se acercó a ella y, con la vocecita más tenue que uno pueda imaginar, chilló: «Por favor, no pienses mal de Cheeky. Todavía es muy joven y no sabe mucho; pero deseamos que se meta en sus propios asuntos». La señora Ratona suspiró levemente y continuó: «Se mete en todos nuestros asuntos, así que intentamos no entrometernos. Le cuenta a todo el mundo cuando estoy construyendo un nido nuevo, ¡y cómo cotillea cuando Greytail visita a la linda ardilla de allá!».

Entonces miró a Felice y le preguntó: "¿Quién eres? Pareces demasiado grande para entrar en cualquiera de nuestras casitas". La niña sonrió y explicó que vivía en una casa grande a las afueras del bosque y que solo estaba de visita con sus amigas. "Puedes oírlas reír", añadió.

—¡Oh! —exclamó la señora Ratón nerviosamente—. Espero que no vengán por aquí. ¡Son tan ruidosos!

Mientras tanto, Greytail, que había estado escuchando a Felice y a la señora Mouse, decidió unirse a ellas, así que bajó corriendo por el tronco de la secuoya y se sentó cerca. Enroscó su hermosa cola emplumada alrededor de su lomo y miró a Felice con ojos brillantes. Sus propios ojos oscuros se volvieron hacia él con una mirada amistosa, mientras pensaba: «Vaya, es muy guapo».

—Mousey me dijo tu nombre —comentó, intentando que su voz fuera lo más baja y suave posible para no asustar a los pequeños seres. Unas cuantas lagartijas pasaron corriendo sin detenerse a ver qué ocurría, y las hojas secas al pie del árbol crujieron a su paso.

—Ya sé tu nombre —le dijo Greytail a Felice—. Estaba en el valle de las hadas cuando Bandy se quitó su larga gorra verde para saludarte.

"¿Pero si no te ví? ¿Dónde estabas?", preguntó.

"Oh, allá arriba en un árbol desde donde podía verlo todo. Nunca pensé entonces que estaría hablando contigo aquí", añadió la ardilla.

"¿Te gustan los conos?" Felice le ofreció a Greytail el puñado que había recogido.

—Me gustan más las nueces y las bellotas —respondió—, pero las piñas están bien si uno tiene mucha hambre. ¿Sabías que las secuoyas son los árboles de hoja perenne más grandes y tienen las piñas más pequeñas? —Sí —prosiguió con una sonrisa pícaro—, el tamaño engaña. Por ejemplo, a veces los que más hablan son los que menos dicen.

Felice y la señora Mouse se miraron como si ambas supieran que Greytail estaba pensando en Cheeky.

Mientras la ardilla, que parecía un animal muy sabio, hablaba, otros ratones se acercaron y correteaban olfateando por aquí y por allá, pero sin atreverse a acercarse demasiado. Felice le preguntó a la señora Ratona qué querían.

"Pueden oler la comida que tienes", respondió ella.

—¡Pero si aquí no tengo nada que comer! —dijo la niña, muy sorprendida.

—Oh, sí, lo has hecho, y te enseñaré dónde está —respondió la señora Ratona, y con mucha valentía se subió al regazo de Felice y miró dentro del bolsillo de su delantal de algodón. Luego, metió la mano en el bolsillo y sacó unas grandes migas de pan. La mirada atónita de Felice hizo que los ratones y Cola Gris se echaran a reír a carcajadas, cada uno a su manera, claro.

—¡Pero si había olvidado por completo que llevaba un sándwich en el bolsillo, pero todos ustedes lo sabían! —exclamó la niña.

—Eso no nos resulta extraño —dijo Greytail—. Tenemos un sentido del olfato muy agudo que nos ayuda a encontrar nuestra comida.

Felice pensó para sí misma: "Nunca imaginé que trozos tan pequeños de comida pudieran serle útiles a alguien". Les prometió a sus amiguitos que nunca más desperdiciaría ni el más mínimo trozo de comida, y les dijo que en invierno dejaría comida para los pájaros en su jardín.

Asegúrate de colgarlo donde los gatos no puedan saltar sobre los pájaros", recordó Greytail.

—De acuerdo —aceptó ella—, y antes de irme, vaciaré la cesta de picnic para ti.

Los ratones arrugaron sus narices puntiagudas con deleite, mientras que la ardilla movió suavemente la cola en señal de agradecimiento. Felice le dijo a la señora Ratona que pronto volvería a verlos.

"Muy bien, Felice", dijeron la ardilla y el ratón al unísono, "estaremos listos para recibirte".

—¿Pero cómo puedes estar seguro de que voy a venir? —preguntó ella.

"Oh, eso será fácil", rieron los animales. "Cheeky nunca se pierde nada, ¿sabes?".

Poco después, Felice regresó al bosque de secuoyas con una gran bolsa llena de restos de comida: trozos de grasa, que les encantaban a los pájaros, y pan para los animales peludos. Se sentó y, al instante, un leve ruido a su lado anunció la llegada de la señora Ratón.

"¡Oh, cielos!", pensó Felice, "ha traído a todos sus parientes con ella; bueno, de todos modos tengo de sobra para ellos".

Un silbido gracioso provino de lo alto del árbol, y llegó Greytail, seguido de algunos de sus amigos, mientras una bandada de pájaros ya esperaba en las ramas.

Felice esparció parte de la comida, guardando un poco para los que llegaran más tarde, y los animalitos y pájaros comenzaron a comer. Durante unos minutos solo se oía el leve murmullo de los mordiscos. De repente, un grito agudo y salvaje los sobresaltó. Los animales dejaron de comer, pues se dieron cuenta de que Cheeky estaba en serios problemas cerca de allí. La niña se puso de pie de un salto, derramando el resto de la comida, y preguntó emocionada: "¿Dónde está?".

—¡Allá! —gritó Greytail, que ya estaba a medio camino de la ardilla listada.

Felice y los demás llegaron enseguida, y sus ojos asombrados vieron a Cheeky, suspendido en un lazo de cuerda gruesa apretada alrededor de su cuerpo, en la punta de una delgada rama de sauce a unos treinta centímetros del suelo. Allí colgaba, agitando frenéticamente la grupa y la cola en un terrible intento por liberarse. Felice sintió mucha lástima por el pequeño, que no dejaba de emitir su agudo chillido, pero Greytail le ordenó con firmeza que se callara, que lo ayudarían.

La niña se inclinó hacia adelante de inmediato, con las manos ya extendidas para aflojar el lazo, pero la ardilla le mordisqueó el tobillo. Se quedó atónita, pero enseguida Greytail le hizo una seña para que se agachara y así poder susurrarle al oído.

—Siento haberte mordido, Felice, pero tenía que detenerte rápido. Por favor, no ayudes a Cheeky —continuó en voz baja—. Todos sabemos que podrías liberarlo de inmediato, pero entonces pensaría que es demasiado fácil y no aprendería la lección. Debemos hacerle comprender lo tonto que fue y lo grave que podría haber sido.

Entonces, Felice, comprendiendo que tenía razón, se apartó para dejar que ellos se encargaran de liberar a Cheeky. Greytail se puso de pie sobre sus patas traseras y comenzó a roer la cuerda que envolvía a la ardilla que lloraba. Varios ratones, con sus

afilados dientes, cortaron el delgado y resistente tallo de sauce cerca del suelo, de modo que cayó. Así, a la ardilla le fue más fácil roer la cuerda. De repente, cedió y la ardilla quedó allí, jadeando, ¡pero libre!

—Ahora, Cheeky —dijo Greytail con voz muy severa—, ¿qué estabas haciendo para caer en esa trampa? Ya te hemos advertido muchas veces sobre ese tipo de cosas.

Cheeky logró decir unas palabras, explicando que había visto el lazo cuando se acercaba al banquete de Felice y que había decidido saltar a través de él. Pero falló el tiro, de modo que al tocar la cuerda, esta se apretó a su alrededor mientras la rama se encendía al mismo tiempo.

"¡Ay! ¡Me duele muchísimo la barriga!", se lamentó.

—Bueno, tienes suerte de que solo te duela la barriga —gruñó Greytail, muy molesto con la joven ardilla—. Te llevaremos a casa y te traeremos comida hasta que puedas valerte por ti mismo.

Las ardillas ayudaron a llevarse a Cheeky, mientras Felice se despedía de él, pero él se sentía demasiado desdichado para responder. La señora Ratón corrió hacia la niña.

—No te preocupes por Cheeky —le dijo—. Estará bien en unos días, y quizás incluso más sabio. No olvides volver a visitarnos. —Movi6 su larga y delgada cola, ya que no podía estrechar la mano de su amiga, y luego se escabull6 entre las agujas de pino para seguir a Greytail.

Felice permaneci6 de pie unos instantes hasta que cesaron los sonidos de peque1os pies movi6ndose, y luego, muy pensativa, se dio la vuelta para irse a casa.